

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 3 de

Enero de 1889.

Precios de suscripción.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripción
En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¡El tiempo!—Isabel la Católica.—Mis noches.

¡EL TIEMPO!

El tiempo es, en cierto modo, el único tesoro del hombre. Todas las riquezas están expuestas á perderse. Los honores el vaivén de la fortuna los arrebatan en brevísimos segundos; la libertad, el menor atropello puede destruirla; la salud, un cambio atmosférico la quebranta y aniquila; si somos amados, la volubilidad ó la ingratitud pueden deheredarnos y dejarnos solos sin una ilusión que sonría en nuestra mente; si grandes conocimientos científicos nos enorgullecen, un descubrimiento nuevo nos prueba que no sabíamos nada. Todo lo podemos perder en la vida; la riqueza, el nombre, la libertad, la virtud, nuestro misero cuerpo, todo, menos el tiempo. Taquígrafo del infinito, que nunca se cansa de tomar notas en el libro eterno de la existencia universal.

El nos recibe cuando llegamos á la vida, y nos despide cuando la dejamos, para recibirnos otra vez á nuestra llegada á la región ignota de las almas.

Es nuestra sombra; porque donde quiera que vamos nos sigue; y es nuestra luz, es nuestro progreso, es nuestra esperanza, es nuestra felicidad. ¿Qué sería del hombre sin el tiempo ilimitado?

El tiempo es el símbolo de Dios.

Él aclara todos los misterios.

Desvanece todas las dudas.

Disipa todos los temores.

Dá á cada uno según sus obras.

Es el mundo de los siglos, con una elocuencia superior á la de todos los oradores de los mundos.

El depositario de todas las verdades.

El pacificador de los pueblos.

El que cicatriza las profundas heridas del corazón humano.

¡Oh, tiempo, tiempo! Cuán mal te han comprendido las ingratas humanidades al simbolizarte en Saturno devorando á sus hijos!

Tú no aniquilas ni á los seres inteligentes ni á las cosas inanimadas, antes muy al contrario, eres la eterna renovacion.

Despojas al hombre de su vieja envoltura para dotarle de otra nueva.

No derribas los árboles centenarios sino cuando sus raíces retoñan.

No marchitas las flores sino para convertirlas en sabrosísimos frutos.

Agostas nuestras juveniles ilusiones, dándonos en cambio la profunda reflexión de la edad madura.

Eres el escultor de Dios.

Tú modelas esas grandes figuras que dan nombre á los siglos.

Eres la vida porque eres la luz.

¡Oh tiempo! Nosotros te rendimos culto; te adoramos en tu inmensa obra!

Si pudiéramos expresar todo lo que nos inspiras, nuestros himnos serían la admiración del mundo.

Indudablemente eres el hálito de Dios que, convertido en fuerza, sirves de motor á los mundos y á las humanidades que los pueblan.

Tú haces olvidar los agravios.

Extingues los odios.

Creas nuevas afecciones.

Eres el matemático eterno que traza las figuras y encuentra sus proporciones exactas.

Haces la luz en medio de las sombras.

Eres la verdad, y te manifiestas en todos los lugares.

La mayor parte de las veces no reconocemos tus útiles enseñanzas, pero tú, emanación de Dios, como Dios eres *paciente*, porque como él eres eterno.

Tú sonries al ver nuestras debilidades, nuestras miserias, nuestras pequeñeces, y dices:

«Ellos vendrán á mí; los hijos pródigos volverán todos á la casa del Padre Universal; todos tomarán parte en el banquete de los siglos; todos progresarán, porque su destino es progresar.»

La escuela espiritualista racionalista le deberá al tiempo un triunfo definitivo, pues, merced á él, la humanidad habrá aprendido que los muertos viven y que el mundo de las almas no es sino uno de los eslabones de la cadena de nuestra existencia eterna.

Aquí es la incredulidad ó el terror el que rechaza la verdad; allí la superstición y el fanatismo, que apoderándose de la revelación, ley de la naturaleza, la han hecho servir para la creación de un mundo contranatural, fantástico, repulsivo, absurdo, con cuyo auxilio la iniquidad ha reinado sobre la ignorancia.

Hoy, gracias al tiempo, se han abierto las puertas de los santuarios, los libros sagrados se han multiplicado, y los hombres han conocido todo el valor de las leyendas religiosas, místicas fábulas, tradiciones basadas en la ignorancia y la malicia.

Este descubrimiento ha señalado nuevo derrotero á las escuelas filosóficas, y la aurora de un espléndido porvenir alborea en los horizontes de la razón.

¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Redentor de los mundos, profeta infalible, cuánto te deben las humanidades!

Nosotros te adoramos, viendo en tí la personificación del progreso.

¡Tú eres el testamento de Dios!

Eres fuerte, porque realizas los grandes hechos.

Eres el sábio de los sábios, porque resuelves todos los problemas.

Eres el juez que fallas sin apelación todas las causas.

Y tu fallo es admirable, porque siempre es justo.

Eres el vengador de los mártires.

Eres la vida, porque eres la eternidad.

¡Dios, la naturaleza y el tiempo: trinidad augusta del misterio de la creación!

Amalia Domingo Soler

ISABEL LA CATÓLICA

El espiritismo entraña todas las verdades científicas y morales, caben pues en él todos los géneros de literatura.

HISTORIA

He aquí una gran figura en los anales de España. Después de narrar su vida, los historiadores la ensalzan á porfía dándole el renombre de grande; los novelistas se deshacen en alabanzas suyas omitiendo pequeños lunares que la historia imparcial y justa no podía disimular y á tanto llega su pasión hácia esa reina tan traida y tan llevada por el elogio, que las debilidades inherentes á todo ser humano y mas á los reyes, las han presentado en Isabel ó como virtudes ó como exigencias imperiosas de las circunstancias.

Examinemos los hechos y sepamos á que atenernos.

Isabel no estaba llamada al trono pues aunque de régia extirpe, tenía por delante á su hermano Enrique IV llamado el Impotente, el cual apesar de sus achaques, consecuencia de los desarreglos de su mocedad, tenía una hija que por ley de aquellos como de nuestros tiempos, debía sucederle. Mas no aconteció así porque los castellanos en razon de la impotencia de Enrique, declararon ilegítima á su hija Juana y aun mucho antes de fallecer este monarca ofrecieron la corona á Isabel que la rehusó generosamente; pero tanto hubieron de apretarla que al fin no tuvo fuerza para proseguir en su negativa y Enrique se vió obligado á firmar un tratado por el cual mandaba su mujer y su hija Juana á Portugal, repudiada la una y desheredada la otra, asegurando el trono de Castilla y de Leon á su hermana Isabel. No dice la historia si antes de este arreglo, tenía Isabel muchos pretendientes, pero si afirma que después de él, varios eran los reyes que querian casarse con la futura reina. Tocóle la fortuna á Fernando, hijo del rey de Aragon, que movido de los consejos de su padre y valiéndose de astucia y maña, logró desposarse secretamente con Isabel en Valladolid, matrimonio que irritó de tal suerte al enfermizo Enrique, que desbarató su testamento excluyendo del trono á su hermana y declarando heredera á Juana que á la muerte de su padre hizo valer sus derechos, su tia Isabel no estaba ya para generosidades y no quiso soltar el cetro que á tuertas ó á derechas habia conseguido. Promoviése una guerra entre ambas contendientes y siendo escaso y débil el partido de Juana no tuvo mas remedio que renunciar á sus pretensiones y tambien al mundo, pues las condiciones que le imponía su tia eran de tal modo duras y humillantes que la desdichada sobrina prefirió entrar en un convento.

Segura ya en su trono cuidó Isabel de pacificar sus estados, firmando la paz con Francia nacion con la cual se estaba en guerra; enmendando este defecto, corrigiendo aquel abuso, etc., pero por mas que la reina hiciese estas reformas y aun mandase enviados á los pueblos para que estos contáran sus cuitas deponiendo las quejas que tenían de sus gobernadores, no crea el lector que semejantes medidas redundáran en provecho de los súbditos, sino en provecho de las arcas reales y de los que habian contribuido á llenarlas. Muchas gracias y mercedes fueron retiradas á quien las había ganado en el rio revuelto del reinado anterior que solo fué tejido de disturbios, de conjuraciones y de guerras; otros

personajes que poseían ciertos fueros y derechos concedidos por otros reyes, también fueron despojados y con este sistema de cobrar mucho y de pagar poco se enriqueció el tesoro con treinta millones de maravedises, cantidad enorme para aquellos tiempos.

Todo le salía á Isabel á pedir de boca como si dijéramos, mientras cuidaba de tan productivo trabajo como era el de recaudar, murió su suegro y Fernando pudo añadir á la corona de su esposa el reino de Aragon. Aunque los dos consortes no se odiaban, tampoco se querían bien (achaque propio de casi todos los matrimonios régios) y como los dos eran muy ambiciosos, marchaban al unísono en política y eran de un comun parecer cuando se trataba de favorecer los intereses de entrambos. Con este supuesto, no es de extrañar pues que pidieran al papa el establecimiento de la inquisición en Castilla. Algunos novelistas historiadores, llevados de su entusiasmo hácia Isabel la Católica, han dicho que la inquisición no fué del gusto de la reina, que se la impusieron los clérigos que la rodeaban; desgraciadamente para su memoria no fué así por mas que ellos quieran.

Tampoco tienen razon los que disculpan semejante yerro, fundándose en el gran celo religioso de los reyes católicos. Lo que hubo, lo que afirma cualquiera historia formal es que tanto Fernando como su esposa deseaban guerrear contra los moros á fin de quitarles Granada, su último baluarte y careciendo de recursos para emprender la conquista, dirigieron sus miras hácia los mansos judíos, gente de paz y de dinero en todas partes y por lo mismo el blanco de la ambición de los soberanos faltos de dinero, que de esto han andado siempre escasos los gobernantes, aun empobreciendo á las naciones. Para despojar pues, sin peligro de conciencia á los indefensos israelitas dijeron los reyes á Sixto IV, que esta raza se ensoberbecía mucho en España (léase se enriquecía) que era menester castigarla y purgar el suelo castellano de tanto herege como en él había ¡Cumplido velo el de la religion, cuantas atrocidades disimulaba! El papa no se hizo de rogar: á renglon tirado despachó una bula concediendo lo que se le pedia. Al fraile dominico Tomás de Torquemada, que había aconsejado tan satánico proyecto se le confió la ejecucion y buena cuenta dió de él. Mazmorras y calabozos llenáronse de gentes, cual judía, cual cristiana. Segun el padre Mariana, nada sospechoso en punto á religion, mas de dos mil personas llegaron á quemarse vivas en un año presenciando los piadosísimos reyes católicos mas de un auto de fé y aun hay quien admira y quien defiende y dé el nombre de grande á Isabel! Por mucho que en lo sucesivo hubiese hecho en favor de la humanidad, no le hubiera sido posible borrar esa mancha, baldon de la historia patria. Dios sabe las existencias que la católica reina, habrá necesitado y necesitará quizá aun para redimir tan horrendo pecado. El establecimiento de ese espantoso tribunal, llamado inquisición, de eterna execrable memoria, prueba que quienes lo aconsejaron, quienes lo realizaron y tomaron parte en él, eran espíritus atrasados, atrasadísimos, tan ignorantes y tan faltos de sentido moral como los que crucificaron á Cristo. Dispensen nuestros lectores este pequeño paréntesis y sigamos relatando.

Redondeado ya el tesoro, gracias á tan ignominioso sistema de fisco, Fernando é Isabel emprendieron la tan deseada guerra contra los moros. Aquí también encubrieron su codicia con la santa capa religiosa. No querían ellos ciertamente dominar hombres; si peleaban era por llevar almas al cielo; bien lo creyó así el papa Inocencio VIII que despues de la toma de Granada, confirió á los conquistadores el título de católicos.

Muy gratos nos sería narrar los acontecimientos de la última lucha de la

oriental Granada. Por demás poéticos son, para contados, los débiles esfuerzos de esa raza civilizadora que constituye uno de los períodos más brillantes de la historia árabe española, pero hemos de renunciar á ello en gracia á la brevedad. Basta saber que los reyes católicos expulsaron á los moros de Andalucía y quiso su buena fortuna que mientras ellos conquistaban tierras en el pátrio suelo, un extranjero, Colon, cruzaba mares no surcados y arribaba á un país de riquezas no soñadas, clavando en él el estandarte español.

El descubrimiento de las Américas fué un acontecimiento de tal modo trascendental para el nuevo y para el viejo mundo que propios y extraños han colocado á Isabel en la cúspide de la gloria por haber auxiliado á Colon en esta empresa.

Tengo una imaginacion tan pícará que no sé porque me acude ahora á las mientes aquello de que borriquitos hay que aciertan á veces por casualidad. Y no lo digo esto por el célebre navegante, que en suma tambien encontró lo que no buscaba, sino por Isabel, de la cual bien puede decirse que en este negocio puso una onza á la lotería y le cayeron las Américas por premio. Figuráos lectores amigos, que el pobre Colon anduvo ocho años tras de los reyes católicos, siempre con sus mapas acuestas, dando á entender á quien quería oírle que él encontraría camino para ir á las Indias orientales sin doblar el cabo de Buena Esperanza, con lo cual se ahorraban los navegantes la mitad de la jornada. A Isabel la movian muy poco estas razones: que el viaje á Asia fuera largo ó corto era el menor de sus cuidados; pero tenía entonces por confesor á un fraile franciscano llamado Franciso Gimenez. Todos los frailes no habian de ser tan negros consejeros como Terquemada. Persuadióla el franciscano de que el acortar distancias podía ser provechosísimo en el sentido de que sería fácil llevar la palabra de Dios á regiones desconocidas que nunca habian oido mentarla salvándose así muchas almas destinadas á la condenacion. Jamás consejero estuvo más oportuno. No fué menester decir mas. Convenida Isabel con la advertencia del padre Gimenez dió á Colon tres carabelas con sus correspondientes tripulantes y todo el mundo sabe la historia de la expedicion y el resultado de ella. Ciertamente es de alabar la determinacion de la reina de Castilla; pero no hay para tanto, que en suma no le costó muy grandes sacrificios. No faltan sin embargo historiadores mas dados á inventar que á relatar, que nos han contado aquello de la sustitucion de las alhajas de la corona, por otras falsas omitiendo decir luego quien cayó en la cuenta del engaño y como se compuso el negocio. Fuerza es estar ciego por la pasion ó discurrir con los tobillos para afirmar semejante cosa. ¿A quien que tenga mediano discurso se le vá á hacer creer que para armar tres esquifes era menester malbaratar una corona ¡ni que fueran de madre perlas los dichosos barcos!

Tres viajes hizo Colon descubriendo siempre nuevas tierras y aportando á España cuantiosas riquezas. Tan revelantes trabajos no podían por menos que de escitar la envidia. Calumniósele cerca de Isabel, hízosele creer que el descubridor del nuevo mundo, quería ser posesor de él y olvidando la reina sus muchos y leales servicios, expidió una órden para prenderle en su cuarto viaje, cargarle de cadenas y volverle á España. ¡Si sería alma noble la de Isabel! El desgraciadísimo Colon llegó preso, enfermo, casi moribundo; su vida no fué ya mas que una agonía dolorosísima á la cual puso fin la muerte bienhechora. Si en el juicio de algunas gentes, Isabel la católica fué grande, magnánima, magnífica al prestar sus naves al celeberrimo navegante la tragedia final de una existencia tan bien enpleada bastaría por sí sola para quitar á la reina de Castilla el mérito de su accion

Los sucesos del describimiento de América, nos han apartado de otros sucesos acaecidos en España, por el tenor de los anteriores. No bastaba haber expulsado á los moros, era menester conseguir á toda costa la unidad religiosa. Sobraban pues los judíos y sobraban tanto mas, cuánto que ya poco tenían que dar de sí porque se les habia saqueado sin piedad. Expidióse pues un decreto el año mismo de la rendicion de Granada, obligándoles á escoger entre la conversion ó el destierro prohibiéndoles llevar cosa alguna de oro ó plata. Angustiosa situacion la de aquellos infelices, el destierro era el hambre, la miseria; la conversion, la muerte mora! y material. Treinta mil familias segun el dato mas aproximado se espatriaron, otras fingieron convertirse, pero las cárceles inquisitoriales se llevaron bien pronto de sus gemidos y acabaron con la morisma que quedaba y con todo el judaismo.

Tales fueron las hazañas de ésta tan ponderada reina que con destreza maravillosa supo arruinar su pais. Dirásenos que no lo hizo de intento, sino con fin de bien; nosotros objetaremos que la ignorancia no es excusable en ningun gobernante. Hasta el reinado de Carlos III, estuvo España pagando las consecuencias de tan infausta línea de conducta como la que observaron los reyes católicos, sobrado ambiciosos, falto él de probidad y nada cuerda, ni prudente ella. Con la ida de moros y judíos, arruinóse nuestro comercio, languidecieron las artes, de la industria hasta el nombre se olvidó. Los españoles, más enamorados de aventuras quijotescas, que del trabajo, muy amigos de adquirir riquezas con tal de que no tuvieran dificultades que vencer, emigraron en busca de janjas, creyendo que sin más ni más, el oro se apaleaba en las nuevas indias, descenso de poblaciones, miseria, embrutecimiento, tal fué el resultado de la ausencia de moros y judíos y de la fiebre de oro de los españoles. Para que el cuadro fuera completo quedónos la inquisicion que como la más jóven de las parcas hilaba caprichosamente el destino de los hombres y como su cruel compañera Atropos cortaba sin parar el hilo de preciosas vidas.

Y á una reina que tantos desaciertos cometió se le dá el nombre de grande!
 ¡¡Asi juzga la historia!!

MATILDE RAS.

MIS NOCHES

II.

Algunas han trascurrido desde que escribí mis impresiones en el primer trabajo de este nombre, y no obstante paréceme que el tiempo ha cesado de ser en su movilidad calculadora segun nuestras apreciaciones deteniéndose en el prnto de mira donde mis pensamientos fijaron su atalaya; tal es la uniformidad de mi existencia jamás interrumpida al placer ni á la alegria, mas siempre cercada por los fantasmas del dolor!

¿Podemos quizás definir el tiempo, medir su duracion? No; porque el tiempo es la eternidad, es lo infinito en el pensamiento creador y nosotros somos en el tiempo y en la eternidad aunque tengamos fases, períodos y épocas: estas son relaciones de nuestra divisibilidad orgánica en sus várias multiplicaciones; pero la vida del espíritu es el progreso, y el progreso es la ciencia, es el arte y sobre el arte y la ciencia todas las virtudes del alma que es amor; amor y espíritu, una sola esencia en dos potencias reunida. No es estraño, pues, que ni en mi conciencia ni en mi voluntad tenga de él nocion mecánica forzada como me encuentro á huir de toda monotonía

para apreciar lo bello en lo armónico, la armonía en la diversidad, lo eterno en lo externo de mi individualidad perfectible; por eso, lectores míos, hemos de convenir en que ni vosotros habeis interrumpido el curso de la lectura ni yo cesado de abonároslo sino metódicamente (cosa contraria á mi modo de ser) al menos por infusion de nuestras recíprocas ideas de antemano mancomunadas sin propósito de coalicion.

Desde muy niña ha sido mi única satisfaccion la de verme entre papeles en blanco periódicos y libros que son *el alma de la casa* como dice mi querida correigionaria, Amalia Domingo y Soler; y aunque en lo poco, cumplidas veo tan dulces ansias si bien de lo mucho soy y quedaré siempre *aspirante*. Esto suponiendo que no lo hallaseis justo esta por lo menos en nuestra condicion humana: desear y tener; tener y desear mas aún no estimando el valor de lo que ya se posee hasta que se ha perdido. Existen sin embargo algunas criaturas privilegiadas por su propia naturaleza que saben apreciar desde un principio todo el mérito de la posesion, el goce del bien obtenido ó la gracia ventajosamente cumplida: conste que no soy entre ellas porque me debo á la verdad y sin restricciones ni ambages debe presentársela si creemos que la luz sea la aureola que la acompaña. Dadas estas conclusiones me propongo no preocuparme por lo supérfluo contentándome con ver esparcidos sobre mi mesa-escritorio algunos números de «Las Dominicales» y «El Buen Sentido», (que si le tiene á pesar del Diario de Lérida) «El Libre Pensamiento» y algunos otros no menos racionalistas y muy apropósitos para deleitar con su lectura la sobremesa de un banquete de promiscuacion.

Al hablar mas arriba del cómputo del tiempo olvidé deciros que he sido y soy muy su enemiga como sin duda habreis adivinado; por eso no me gustan las matemáticas: se necesita mucha cabeza para estar al corriente de ellas; y los matemáticos podrán ser lumbreras en tan complicados conocimientos, pero sería raro hallar entre ellos un Romeo que á la vez escalase el balcon de su amada trazando con un compás círculos en un papel sin figuras. La contabilidad está reñida con el corazon; y eso que á este se le reconoce en el tic-tac de sus latidos; el mejor registro de nivelacion para todos los enamorados de verdad, díganlo si no; pero si recordamos la gran frase de Sócrates nos parecerá una futilidad ocupar el espacio del tiempo en la futesa del tiempo; en efecto este sabio encanecido en los estudios, viviendo en el recogimiento y la meditacion dijo que nada sabía. El ilustre griego dedicó *todo su tiempo*, los años de su existencia al escrutinio de los grandes problemas que dejó sin resolver. *Yo sé que nada sé*. ¡Qué gran verdad! ¡Ah! los que pretendeis esplicaros lo inesplicable así en el órden físico como moral tomad mucho cuidado en vuestros asertos porque en la ciencia del alma no cabe el desperdicio del sentimiento y solo aquel que mucho ama puede llegar á la cúspide de lo inmortal.

He hablado del amor y voy á aprovecharme del apunte para libertar algunas de mis ideas sobreentendidas de la tal frase. Vulgarísima es la espresion, pero pasa como buena porque disfraza sus cuatro letras los afectos que no las tienen. «Yo amo á Vd.» dice el petulante pisaverde á una pobre coqueta, y esta que siente de vanidad inflado el afeitoso pecho aprovecha la oportunidad de la palabrita para ensayarla en la comedia del mundo. ¿Creeis que la mayoría de los matrimonios se verifican por amor? Bien sabemos que no. El deseo, la pasion, no es amor; el afecto y la condescendencia no es amor: la amistad cuando es verdadera es algo parecido al amor y entraña mas amor que el amor ideal de la tierra; pero tampoco es amor. Amor es el amor de Jesucristo, la gran figura por excelencia; lo derramó en sus sufrimientos morales santificándolo en su crucifixion espiritual. Grande entre los grandes se elevó en su humildad para responder á su divina mision; ¿y que es la humildad sino un acto de adoracion á Dios? Jamás sus dulcísimos lábios se abrieron para condenar y

probó con su sacrificio que solo el amor puede redimirnos porque es la apoteosis del alma creada de esa esencia y á ese fin.

A solas con mis pensamientos la única soy que me acompaño en mi pequeña habitación tan humilde como modesto es todo lo que me rodea. En rededor de mí flota una atmósfera suavísima que yo reconozco ser el espíritu del amor. Tal vez sea mi alma que lo sueña ó el halito de aquel ángel por quien son todos mis cantares. *¿Eres tú á quien busco? No puede ser.* Tú estás en mí desde el comienzo de los siglos, si es que lo ha tenido, como yo en tí desde entonces: nuestras almas están fusionadas por el amor y este es universal de las almas. Tu cuerpo es hoy celestia! bendita seas, alma mia. Nuestros destinos están unidos; son dos eslabones de una misma cadena y es preciso escalar mas, subir mas alto, progresar indefinidamente para recibir los efluvios del amor supremo que tu frente orea. Amar y mas amar; amemos mucho, bien querido; ¿donde hallar un espíritu gemelo del tuyo que reverbere la transparencia de tu luminoso amor transverberando la gualda de tu belleza soberana? A ese busco siglos ha para que te adore y me ame; mas ¡ay! cuantas veces he caido en tierra regándola con mis lágrimas al dulce calor de tu recuerdo enjugadas! Noches del amor mio, melancólicas y tristes como son todas las de la tierra, llevad en los repliegues de vuestro capúz misterioso los insondables dilemas del alma. De aquel ser cautivo y existente solo en mis pensamientos oigo el sollozar: dadle mi alma y la suya: amor es universal, es la comunión del alma de los mundos que son por el amor y para las almas.

¿Quereis la forma suya, la silueta de su sombra para reconocerle? ¡imposible! Nunca mis ojos le han visto aun que le presiento: es como todo lo que vive dentro de mí, incognoscible aun para mí misma; pretender determinarle sería vulgarizar rastreando sin silogismo; es como querer salvar sin gradaciones el piélago que ondea de lo finito á lo infinito; es como invertir el orden de las cosas: sin base no hay cúspide: lo bello está por cima de lo feo; ¡abajo la ignorancia!

Dejadme, por piedad, adormecer mis encantos poéticos en los idilios de una locura amorosa; dejadme cantar.

Escucha: una tarde de plácida calma
soñando en recuerdos que fueron de ayer,
gimió en los espacios el eco de un alma
que triste cantaba su cruel padecer.

Latió acelerado mi pecho amoroso
y atento el oido prestéle atención,
su voz era pura, su timbre armonioso
y al punto cautivo quedó el corazón.

¿Qué quieres? le dije con mágico acento,
¿porqué así te quejas? ¿porqué sollozar?
¡oh! dime la causa de tal sentimiento
que acaso yo pueda tu pena aliviar.

Callé emocionada de amor palpitante
la historia esperando muy pronto saber,
mi vista en el cielo fijé agonizante
pidiéndole gracia para el triste ser.

«Yo soy el que buscas, yo soy el que sueñas;
tu historia es la mia, lloremos los dos,
de amor las caricias dulces y halagüeñas
solo se realizan donde mora Dios.»

Mis ojos se cierran al influjo soporífero de un beso de amor: duermo; y entre sueños creo percibir dos luminares de color de cielo que me miran con pasión y arrobamiento. Te beso con la mirada por que así se besan las almas, me dijo. ¡Que hermosa debe ser la vida de los espíritus!

EUGENIA N. ESTOPA

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.